

DESPEDIDA DE STONY BROOK

Pedro Lastra

Stony Brook

Profesores del Departamento de Español, estudiantes, amigos:

La primera palabra que quiero decir es GRACIAS. Gracias a Elizabeth Monasterios, que con tan amistoso afecto ha organizado esta reunión, a Malcolm Read, a Lou Charnon Deutsch y a los colegas y estudiantes que la han hecho posible. Veo este acto no como una despedida sino como el fortalecimiento de una relación que continuará a través de los años.

El diálogo que acabamos de tener sobre literatura colonial me anima a reactualizar cierta práctica jurídica de ese período que obligaba a todo funcionario oficial a rendir cuenta de su desempeño al término de sus funciones. Esa práctica constituía el llamado juicio de residencia, y los derivados del verbo que la designaba eran de uso frecuente y, sin duda, no poco temidos en la época. A esa práctica, a mi modo de ver, muy saludable, se deben sin embargo muchas páginas apasionantes de la colonia, pues los residenciados debían poner por escrito cuánto de su vida y de su obra podía escribir y justificar sus acciones de principio a fin.

La reescritura de la historia permite, como se sabe, variaciones diversas, y yo me propongo ensayar una de ellas. Y puesto que la gentileza y el afecto de profesores y estudiantes de este Departamento omite la petición de cuentas, creo que no estará demás que me las pida yo mismo, bajo la especie de un breve recuento o memorial de lo que hice y de lo que dejé de hacer en estos 22 años y cinco meses de permanencia en Stony Brook.

Entre los azares venturosos de mi vida profesional deberé marcar con una piedra blanca el encuentro con Iván Schulman, que ocurrió a mediados de 1970, gracias a mi joven amigo René de Acosta, quien acababa de doctorarse en la Washington University con una tesis dirigida por Iván. Iván había decidido venir a Stony Brook, y ante de salir de St. Louis propuso mi candidatura como su reemplazante temporal en Washington University.

Me recibió allí amistosamente, me ayudó con generosidad en mis inicios de extranjero en el Medio Oeste, coincidimos en intereses, lecturas y proyectos hispano-americanistas, y pocos días después me sugirió la posibilidad de acompañarlo más adelante en Stony Brook si lograba, en un plazo cercano, establecer el Departamento de Estudios Hispánicos que también deseaban desarrollar allí sobre bases académicas más amplias los profesores James McKenna y Jaime Giordano. Tal propósito se cumplió en 1971 y yo vine, desde enero de 1972, a colaborar en esa nueva empresa.

Como todo comienzo, el de este Departamento tuvo los avances, desvíos y hasta retrocesos de rigor; pero en lo principal, el objetivo de Iván se fue cumpliendo de acuerdo con lo previsto. La partida del profesor Gonzalo Sobejano fue rápidamente resuelta con la llegada de don Vicente Llorens, quien el año 71 se retiró de Princeton y aceptó continuar en Stony Brook por cinco o seis años. Y he ahí otra circunstancia

de agrado profesional y personal para mí: don Vicente fue un colega y amigo querido y respetado por nosotros, y yo debo decir que mucho aprendí de él, especialmente en unas reuniones de los días miércoles, con su esposa, Amalia, y con Juanita; esas reuniones se nos convirtieron en un rito, que siempre recordamos con nostalgia cuando nos reencontramos con Amalia.

Para profesores y alumnos leyó don Vicente una noche de 1974 algunos capítulos del libro *Memorias de una inmigración. Santo Domingo 1939-1945*, que escribía por entonces. He releído ahora ese libro, y me ha vuelto a impresionar como un testimonio intenso, y tal vez único, de lo que fue la insólita experiencia de los exiliados españoles de la Guerra Civil en la isla regida por Trujillo.

También en 1974 nos dejó Iván Schulman y se fue a Florida. Pero sus años aquí marcaron el rumbo de lo que podía ser un buen centro de estudios, gracias a la tenacidad con que luchó por obtener cuanto necesitábamos: sobre todo, fondos para la sección hispánica de la Biblioteca. Debo agregar, sin jactancia, que fui un buen colaborador suyo en ese punto, porque tratándose de libros y bibliotecas a mi juego me llaman.

No puedo decir lo mismo de otras tareas. Contra mi voluntad, he dado pruebas abundantes de mi ineficiencia en cuestiones administrativas, como pudo constatarlo Jaime Giordano cuando me pidió que lo acompañara en su jefatura como Director de Estudios Graduados. Al autorresidenciarme, debo reconocer esta falta, que pesó no sólo sobre mi jefe —desconsolado porque yo confundía las fechas de reunión o llegada con el memo que no era—, sino también sobre mis colegas. Me apena, de veras, pensar que solucioné pocos problemas (si es que no agregué otros a los ya existentes), porque cuando iban los estudiantes a contármelos, y el momento coincidía con algún entusiasmo de mis lecturas, era inevitable que termináramos hablando de Stendhal, de Kafka o de Ezra Pound. En compensación, pienso que di algún consejo oportuno, porque ahora recuerdo una carta que recibí muchos años después de Oklahoma (¡y cómo no sentir con la mención de ese lugar que la sombra de Kafka se agitaba en mi oficina!): un joven estudiante, de apellido Arata, me decía en esa carta: “Yo fui a estudiar física a Stony Brook, y un curso suyo sobre el cuento contemporáneo y sus conversaciones me hicieron abandonarla y dedicarme a la literatura”. Me agregaba que se sentía más realizado en este campo que en el otro, y me alivió saberlo, porque tampoco se trata de alejar a nadie, con espejismos, de otra respetable disciplina: No hay diferencia alguna ni en el esfuerzo ni en la esperanza de éxito para quien quiere hacer bien su trabajo.

Tengo, pues, que agradecer a mis colegas la paciencia con que han tolerado mis faltas en un aspecto importante del quehacer académico, que implica la repartición equitativa de esas tareas, las cuales a menudo parecen poco gratificantes. He querido compensarlas tratando de cumplir de la mejor manera posible con la enseñanza, y con algo que es para mí un imperativo mayor: la escritura, en el sentido que le daba Enrique Lihn. Como estoy consciente de que en estos empeños uno no hace lo que quiere sino lo que puede, insisto en este punto: no declaro un resultado sino una intención, en la que me han animado escritores de quienes aprendí, desde temprano, ciertas lecciones que han llegado a constituir para mí una especie de código intelectual y moral. Por ejemplo, esta idea de Joseph Conrad acerca de la disciplina del escritor: “Debe hacer su trabajo lo mejor posible, ser exacto y cuidar sus frases como una tripulación lava su puente; no aguardar otra recompensa que el silencioso respeto de sus iguales: tal es su honra”.

En mi trabajo poético he contado con el estímulo amistoso de todos ustedes. Una muestra de ese estímulo: la simpatía para mis versos y para mis andanzas en ese terreno que manifestaron Elías Rivers y Georgina Sabat-Rivers desde su llegada aquí, en 1978. Mis amigos fueron también sus amigos: Enrique Lihn, por ejemplo, que siempre los sintió a ambos muy cercanos (releo cartas en que me lo señala).

Así, pues, diré que en este aspecto lo más importante que me ha ocurrido tiene que ver con mi experiencia en Stony Brook. Que Elías Rivers haya traducido, con dedicación y eficacia ejemplares, algunos de mis poemas, y que esas traducciones circulen entre mis amigos de Hispanoamérica en las dos pequeñas ediciones de *Travel Notes*, es un hecho que al mismo tiempo que me conmueve y me honra, me compromete a cuidar más y más las palabras.

Yo entiendo que no llegué a este Departamento por ser poeta sino por mi historial (llamémoslo así) como profesor y estudioso de la literatura hispanoamericana. Lo entiendo pero me sorprende, y en esa sorpresa tiene una parte principal otra lección que aprendí de un escritor cabal: don Ezequiel Martínez Estrada, a quien conocí en 1955 y a quien escuché —esa es la expresión justa— con devoción y respeto de catecúmeno en su casa de Buenos Aires, primero, y luego en Santiago de Chile en 1959. Le oí decir una vez su extrañeza de esta manera: “...no soy un maestro y muchísimo menos un profesor, sino un estudiante envejecido en los trabajos de Sísifo en que se nos va penosamente la vida”.

Esa vocación por el aprendizaje, tan memorablemente descrita por Martínez Estrada, se ilustra muy bien para mí en los trabajos de tesis. Las catorce disertaciones que he dirigido hasta hoy (y la décimoquinta que está escribiendo ahora mismo Jaime Martell) me han mostrado cuánto aprende el director en su diálogo con el estudiante, que naturalmente es quien más sabe, al final, de la materia que investiga. (Celebro, porque mucho me complace, que nos acompañen hoy aquí las doctoras Yolanda Maltezos y Lauri Kahn, quienes representan dos momentos significativos —el comienzo y el término, o casi— de mi quehacer como director de tesis: Yolanda fue la primera de mis doctoradas, junto con Livia Soto-Duggan y Luis López Nieves, en 1980; Lauri se graduó en el verano del año pasado).

Yo amplíé y mejoré mis lecturas en esos diálogos sobre los más diversos temas (más de una vez me desplazé, en el espacio de un día, por los siglos XVII, XVIII y XIX). Ahora veo con alegría cómo de esas largas conversaciones, búsquedas bibliográficas, discusiones sobre una idea, un párrafo o una frase, que se tradujeron en tesis, surgen libros que empiezan a hacer su propio camino: los de Juan Duchesn, Álvaro Pinera Botero, Juanita Quiñones y el inminente de Miguel Gomes, o las antologías de Juan Gelman y Juan Emar preparadas por Lilián Uribe y Patricio Lizama, respectivamente. Leo esos libros con renovado interés y recuerdo —nítida— otra frase de mi admirado don Ezequiel Martínez Estrada: “...lo cierto es que yo he venido a aprender de los que creen que saben menos que yo”.

Pienso, entonces, seguir en ese aprendizaje sin término junto a ustedes. Por ahora, muchísimas gracias, una vez más.